

LA IRONÍA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: ¿ORGULLO O TRISTEZA?

Cuando se habla de la ironía de Juan Ramón Jiménez, se piensa, por lo general, en algo aparte de su producción poética; aun más definitivamente, es en su prosa donde se la busca y se la estudia. En los *Españoles de tres mundos* y otros ejercicios de caricatura lírica se cree ver a menudo una faceta de la personalidad de Jiménez que no tuvo cabida en la línea emocional o filosófica de su obra en verso o que, si la tuvo, fue sólo en unos momentos pasajeros, en unos «Alejandrinos de cobre» por ejemplo, en los que un capellán o un médico de pueblo sufren el mordaz análisis de su malhumorada atención alerta e hiriente. Se podría, claro, hacer un estudio concienzudo y extenso del humor de Jiménez, en sus muchas incidencias, con clasificaciones y teorías. Pero es de temerse que un catálogo de sus momentos biliosos no nos ayude a definir ese algo esencial de su mente que requiere atención crítica. Quizá sea más provechoso tratar aquí de percibir lo irónico constante de su obra en prosa y verso.

Desde el principio de su obra juvenil, la ironía, aunque rara, se juntaba a un aislamiento de soberbia, definido conscientemente:

este desdén de todo, de la risa y del duelo,
y la realeza triste de este orgullo con flores¹.

Estas palabras de las *Elejías puras* de 1908, como tantos versos anteriores o del mismo período, nos pintan el mismo joven Juan Ramón que pintó Joaquín Sorolla después de frecuentar su cálida y distante amistad. En su alta frente y su mirada perdida, tanto como en el movimiento de una mano cansada que sostiene un libro necesario, se percibe el orgullo de su realeza consciente y el desdén profundo de todos desde la cumbre de su soledad.

¿Será este desdén tantas veces repetido en los poemas juveniles el origen y la explicación completa de la ironía de su prosa y del filo de algunos de sus versos? No muy distante del trozo de las *Elejías* apuntado hay en la *Segunda antología poética* un fragmento revelador que quiere desdecir o deshacer el autoanálisis del poeta y no lo consigue:

¹ *Primeros libros de poesía*, Aguilar, Madrid, 1957, p. 796.

hablo
 a todos los que me han hecho
 mudo, y hablo sollozando,
 roja de amor esta sangre
 desdeñosa de mis labios².

Como estos versos no se habían publicado antes de ser incluidos en la *Antología*, tenemos que aceptar la fecha que nos da el poeta, 1903-1904, al menos como posibilidad de intuición, pero la fecha de publicación no hay más remedio que postergarla hasta el año 1922 en que aparece la *Antología*, después de una larga preparación. Esta vaguedad misma de la fecha imprecisable ya, unida a la corroboración del que escoge en su madurez, indica, al menos, que siente Juan Ramón como un espejo de toda su juventud estas palabras definidoras. De lo que podemos deducir inmediatamente que la ironía de su prosa posterior, como la de alguno que otro poema, no es un hecho aislado superimpuesto a una personalidad cuyos modos de ser melancólicos o alegres tienen poca relación con un deseo de caricaturizar que aparece más tarde. Todo lo contrario, este desdén que señala el propio poeta, es una íntima fuente de ironía que define y modula el canto. Y el primer paso en el estudio de la ironía de Jiménez ha de consistir, precisamente, en el deslinde de este desdén y su definición dentro de la poesía que, por lo común, no se considera burlona en su esencia. Un pasaje de las *Elejías lamentables* servirá de ejemplo:

Yo no quisiera nunca molestaros, cantando...
 Ved: este ramo blanco de rosas del ensueño
 puede hacer una música melancólica, cuando
 sonreis con los labios; pero yo no os desdeño³.

I

Quizá la *Segunda antología poética* y los libros siguientes de Jiménez, la mayor parte de ellos realmente antológicos como selección de una obra más vasta no publicada, nos han escondido algo de la personalidad del poeta. No sería difícil para un lector perverso repasar los libros anteriores a *Piedra y cielo*, digamos, y reconstruir un poeta totalmente distinto, casi opuesto al que el mismo Jiménez se construyó en su retrato público. Para ello le bastaría al antologista nuevo buscar los muchos

² *Segunda antología poética*, Espasa-Calpe, Madrid, 1933, p. 38.

³ *Primeros libros de poesía*, p. 898.

momentos de burla juguetona o mordaz entre los innumerables «borradores silvestres». El resultado sería un poeta inferior, sin duda, porque la poesía de este tipo en estos años al menos había sido o bien imitativa —recuérdense los ecos de Alfred de Musset y de Jules Laforgue— o bien un poco atrabiliaria y superficial. Reconociendo su inferioridad Jiménez deja de lado estos intentos juveniles y parece olvidarse de muchos de ellos. Lo que no impide que sigan siendo parte de su personalidad y que trate de rescatarlos un día.

Será mucho más tarde, en *Canción* de 1935, cuando se le ocurra revivir algunos de estos poemas de burlona ironía que creíamos rechazados. Uno de ellos, rehecho, nos indicará cómo ve Jiménez su ironía juvenil en un momento de meditada madurez. Como el poema es poco conocido, la lectura de la primera versión tal como apareciera en *Las hojas verdes* de 1906 nos ayudará a precisar la ironía juvenil de su realza desdeñosa:

BALADA DE LO EXTRAÑO

La arboleda entreabría su fronda
melancólicamente. Allá, al fin,
era un cuento de oro la honda
vaguedad del doliente jardín.

Me habéis dicho. Senderos extraños...
Yo: Senderos extraños..., ¡por Dios!
yo no llevo senderos extraños.
es que marchó delante de vos⁴.

La primera estrofa es quizá sólo decorativa, ya que no hace más que darnos el fondo para lo que podría ser la acción de un pequeño diálogo que se repite en las estrofas segunda, cuarta y sexta. En cambio, el elemento decorativo, de la primera, tercera y quinta estrofas, pasa de fronda a castillo, a navío:

Era el valle de otoño. Un castillo
viejo hablaba de ensueño y de amor.
El romántico ocaso amarillo
le ponía los muros en flor.

.....
Por el río celeste, un navío
iba, abierto de velas, al mar.
Abandono, nostalgia, humo... Al río
se le oía en la tarde. Llorar...

⁴ *Ibid.*, n. 728.

El fondo descriptivo va a ser semejante en el poema renovado o revivido de *Canción*. Pero el centro mismo del poema, la segunda estrofa y su repetición, va a cambiar fundamentalmente, y como las palabras de esta estrofa son las portadoras de la ironía, podremos al comparar las dos versiones ver de qué modo cambia la actitud de Jiménez en los treinta años que las separan. Pero antes de pasar al poema transformado, será necesario apuntar que lo irónico y mordaz de esta estrofa de la «Balada de lo extraño» de 1906 se dirige ciertamente a la inferioridad de los demás, aunque subraya mucho más el orgullo suficiente del que habla. Más que burla de los demás, el desdén del joven es satisfacción de su superioridad. Denominemos a esta ironía y a este orgullo, orgullo e ironía suficientes.

II

Al pasar a las páginas de *Canción*, la «Balada de lo extraño» adquiere el título «Con toque amarillo» y el subtítulo entre paréntesis «Al crítico de mi ser»⁵. El poema recreado pertenece ahora a la obra de madurez, ordenada en veintiún tomos y preparada en lo que creía el autor que sería forma definitiva. Realmente, más que versión nueva, «Con toque amarillo» es un poema diferente, que sólo se puede reconocer en la decoración:

El verdor descolgaba su fronda
de rocío amarillo. Allá al fin,
era un oro de elixir la honda
trasparencia del tierno jardín.

Como en el poema anterior la decoración varía en las estrofas tercera y quinta, que son las que establecen el marco de la acción y el pensamiento que se expresa en las estrofas segunda, cuarta y sexta:

Era el monte de otoño. Un castillo
alto hablaba de blancos de amor.
El ocaso con luna amarillo
le volvía las torres en flor.
.....
Amarillo, increíble, un navío
de cristal iba opaco a la mar.
De llevarlo en sus ondas, al río
se le oía reír y llorar.

⁵ *Canción*, Signo, Madrid, 1935, p. 48.

Los cambios de estas estrofas son numerosos pero no esenciales, mientras que el centro del poema pasa del «marcho delante de vos» a una respuesta burlona dirigida a los que han criticado el ser diferente del poeta que en el subtítulo se concentra en el «crítico de mi ser»:

Tú dijiste: «¡Cendero jejtraño!»
 Yo: «Senderos estraños... ¡jú, jú!»
 —«¡Qué tu lleba cendero jejtraño!»
 —«Es que soy de otra calle que tú!»

El aire burlón de esta ironía no es el mismo de la ironía suficiente del poema de 1906. La soberbia de ahora se parece más a lo que conocemos de la prosa de Jiménez. Estamos muy cerca de la ironía hiriente que le ha valido al poeta tantos enemigos, aunque al parecer está dirigida aquí sólo contra una parte de sí mismo. Quizá este «crítico de mi ser», sin embargo, es más bien el símbolo de todos los demás, los que se quedan en la prosa rutinaria y no pueden avanzar por los caminos de la poesía interna, como lo indican las dos estrofas que repiten el diálogo con otros pronombres —usted, vosotros— y extienden el radio de acción de esta burla:

Usted dice: «¡Senderus estraños!»
 Yo: «Senderos estraños... ¡bé, bé!»
 —«¡Qué usted lleva senderus estraños!»
 —«Es que soy de otra costa que usted.»

Me habéis dicho: «¡Sendeross estraños!»
 Yo: «Senderos estraños... ¡por dios!»
 «¡Que voss lleva sendeross estraños!»
 «Es que soy de otra nube que vos.»

Lo que es difícil para el lector de Jiménez al encontrarse con este poem renovado es compaginar este tipo de ironía y la melancolía y dulzura de la obra poética admirada siempre. La ironía suficiente que habíamos visto en la obra juvenil podía, hasta cierto punto, explicarse como consecuencia del orgullo de ser aislado del poeta. La ironía literaria de la que no he dado ejemplo por ser bien conocida y de poco valor, puede muy bien separarse de la obra restante sin perjudicar la imagen del poeta. Pero esta ironía hiriente dirigida en contra de todos los que no se llenan de la «honda emanación» del arte nos hiere a nosotros también cuando queremos comprender la obra artística. Es que nos gustaría tanto que Juan Ramón Jiménez se remontara siempre a la dulzura de su perdón.

Quisiéramos tanto que supiera sufrir en orgullo y sin queja. Pero lo que pasa es que nos estamos olvidando de que la perfección espiritual es muy distinta del talento poético, que puede éste darse sin largos preparativos (y el joven poeta había conquistado las dificultades del idioma antes de los veinticinco años), mientras que aquélla es obra solamente de la edad y la experiencia asimilada en purificación, y la va a conquistar Jiménez solamente después de sufrir y comprender y comprenderse al través de los penosos años de la guerra española y mundial.

III

En la ironía suficiente, repitamos, se contemplaba el poeta en el narcisismo de su superioridad. Al pasar a la ironía hiriente de sus años maduros le salen aristas y flechas al joven melancólico. Pero, en la vejez, al volverse otra vez a su centro, cuando el poeta realiza su último esfuerzo para encontrar la clave de toda la experiencia irónica de su relación con los demás, no es el orgullo de la afirmación de su ser diferente, ni la soberbia de la acusación mordaz lo que le hace ver el terror de ser distinto:

Lo querían matar
los iguales,
porque era distinto⁶.

Así comienza un poema casi desconocido, publicado en la revista *Rueca* en Méjico en 1945. Se me figura que nadie, ni los bibliógrafos de Jiménez han leído el poema ya que se lo menciona con el título increíble de «Distrito» en la bibliografía de Francisco Garfias de la colección Aguilar (1968, pág. 1372). El título, por supuesto, es «Distinto» y el poema resume la razón esencial de una ironía que nos había sorprendido y a veces desconcertado en el poeta. Ahora se define este amor por lo distinto, que el odio cotidiano de los hombres trata de destruir, en una ironía dolorosa que está en el centro mismo de la personalidad poética de Juan Ramón Jiménez y que nos emociona y nos rescata al poeta melancólico con quien hemos hecho el pacto máximo de defensa de lo exquisito en contra de todos los que le tiran al ideal, y sus palabras nos hieren en nuestro dolor más íntimo:

⁶ *Rueca*, IV, México, 1945, p. 3.

Si véis un pájaro distinto.
tiradlo:
si véis un monte distinto.
cortadlo:
si véis una rosa distinta.
destrozadla:
si véis un río distinto.
cegadlo...
si véis un hombre distinto.
matadlo.

La honda compasión que está detrás y no escondida en toda verdadera ironía poética se afirma inmediatamente en la pregunta

«¿Y el sol y la luna
dando en lo distinto?»

que hace recapitular al poeta y ofrecer su ser distinto como hermano a todo lo distinto:

Altura, olor, largor, frescura, cantar, vivir
distinto
de lo distinto.
lo que seas, que eres
distinto
(monte, camino, rosa, río, pájaro, hombre)
si te descubren los iguales,
huye a mí
ven a mí ser, mi frente, mi corazón distinto.

Ahora sí comprendemos lo que había en lo profundo de la ironía de Juan Ramón Jiménez: su suficiencia heroica o sus flechas hirientes no eran más que una manera de esconder en su pudor esta ironía dolorosa y esencial de su tristeza desamparada de ser distinto.

BERNARDO GICOVATE

Universidad de Stanford